

ATISBOS AL CALEIDOSCOPIO DE ESCENAS (IN) CÓMODAS EN LA ESCUELA

La escuela y sus escenas (in) cómodas: abriendo caleidoscopios.

Silvia Satulovsky.

Lugar Editorial, Buenos Aires, 2017.

126 páginas, \$ 270.00 AR.

El libro que se reseña, convoca a pensar muy similarmente en un caleidoscopio que contiene varios espejos que forman un prisma que refleja el interior de la experiencia escolar, en la cual las escenas se perciben con sus claroscuros, múltiples colores y formas diferentes; al ir girándolo las imágenes se multiplican y junto con el asombro sobreviene no sólo la incomodidad, sino también el desaliento, la incertidumbre, el coraje, y al mismo tiempo la esperanza. Allí, sentimientos múltiples y contrapuestos se acumulan y se dispersan.

La autoría y coordinación de este libro estuvieron a cargo de Silvia Satuslovsky, psicóloga social y analista institucional que ha transitado por múltiples espacios del quehacer educativo, creando vínculos con profesores, directores, supervisores e investigadores, produciendo con ellos ideas que han tocado no sólo a



educadores de su natal Argentina, sino a muchos más de otros confines del planeta.

Es éste un testimonio de la escuela contemporánea, que como dice su autora: «desoculta» lo obvio y binario, que no es políticamente correcto porque justamente devela las consecuencias de un discurso hegemónico empobrecedor. En la



incomodidad que provoca, reconoce el trabajo docente que la padece pero que también la devela y se plantea una pregunta detonadora: ¿cómo pensar la escuela?, ésta es la apuesta en las escenas que nos presenta este caleidoscopio; es decir, poner el pensar la escuela en el debate público, pero no desde el lugar común que privilegia el discurso generalizador de las políticas públicas, sino desde una mirada que construye en la situación, que no ignora el conflicto sino que lo cuestiona y lo reflexiona hasta sus últimas consecuencias.

Este recorrido por las escenas de la escuela integra cinco miradas: cuatro de ellas escritas y una más, plástica, que apuntan incomodidades que, puede asegurarse, hemos sentido, padecido y muy probablemente reflexionado los que leemos o vamos a leer este libro. Porque ésta es otra característica de estos relatos, no podemos dejar de implicarnos, cada una de sus escenas nos involucra de manera personal.

La entrevista a Paula Sibilia, por ejemplo, recupera el escenario escolar que se ha visto transformado a partir de la presencia intensa y extensa de las tecnologías. Las computadoras, tabletas, teléfonos inteligentes con

todas sus aplicaciones que conectadas al internet facilitan la huida, permiten atravesar las paredes, ver otros contextos y escuchar otras voces, estar y no estar. Con todo y la disrupción y la dispersión que esto genera, las escenas permiten una serie de reflexiones acerca de las contradicciones entre la escuela y los sujetos contemporáneos. No se trata de ignorar el conflicto, sino de hacerlo cotidiano e invisible o bien convertirlo en objeto de la disciplina, prohibiciones y sanciones. Aquí lo retador es que este escenario pone en foco la obsolescencia de la escuela y no precisamente desde la irrupción de las tecnologías, porque hace rato que como dice Sibilia «no pasa nada en la escuela». Y este reconocer que no pasa nada en la escuela, que hay un aburrimiento generalizado se contextualiza en un entorno en el que aprender es aburrido.

Así las cosas, la necesidad de plantearse una escuela en la que pasen cosas, en la que se privilegie el diálogo y el encuentro, pasa por meterse a escudriñar cuáles son las nuevas condiciones en las que la subjetividad se construye considerando la conexión y visibilidad que hoy parecieran darle sentido a la existencia y a la socialización.



¿Quiénes somos en este aparador?
¿Cómo me construyo con los otros?
¿Qué me dice la mirada de los otros?
¿Qué de mí expongo ante los demás?
¿Cómo gestiono mi presencia? Pero sobre todo, ¿cómo la escuela, que fue pensada para otras realidades, puede tener un lugar para esta subjetividad contemporánea? Las respuestas no son fáciles y el control y la disciplina no tienen ya ninguna posibilidad. En esta sociedad contemporánea, repensar el sentido de la escuela hasta sus últimas consecuencias, es la tarea ineludible.

La entrevista a Ana María Fernández, da una vuelta más a la tuerca de las incomodidades y nos coloca nuevamente en la escena del desinterés de los jóvenes frente al trabajo escolar. Estos jóvenes de hoy a quienes pareciera que todo está bien y que no pasa nada, inmovibles a los discursos y valores que ostenta la escuela, pero muy susceptibles a los consumos abusivos, los desórdenes alimentarios y emocionales con relaciones y respuestas violentas y a veces crueles. Esta apariencia tan fácil de etiquetar y difícil de explicar, es alumbrada con los claroscuros implicados en una mirada a lo impensado.

Este atisbo a la subjetivación contemporánea explora lo que está atrás de esa, pongámosle ahora indiferencia, y digo por ahora, porque las reflexiones que aquí se comparten nos permiten un cambio de mirada de este lugar común de la época, al asomarnos a los mecanismos a través de los cuales se controla el deseo y se generan una serie de tensiones en las que el sujeto es cada vez más ajeno a sí mismo con todas las consecuencias que esto acarrea. Y cómo estas tensiones, presentes de mil maneras en los centros escolares, requieren estrategias de intervención que recuperen la colectividad, la capacidad de pensar y hacer con los otros, crear las condiciones para que los cuerpos se conecten con las emociones y pueda generarse la palabra. En todo caso, no existe el dispositivo, el movimiento requiere de la interrogación e indagación del quehacer constante.

Otra escena que ha sido causante de incomodidad a lo largo del tiempo, es la que visibiliza la sexualidad. Pareciera que lejos del control y restricciones de otras épocas, hoy la sexualidad ha ganado una presencia social que en los centros educativos es reconocida y considerada objeto de políticas públicas y de programas escolares. Pero ésa es sólo la aparien-

cia, pues el texto de Gabriela Ramos desde su lugar, como ella misma afirma de «docente comprometida con la emancipación de los cuerpos», se pregunta acerca de las consecuencias de escolarizar la sexualidad, ¿la visibiliza?, ¿la legitima?, ¿es parte del curriculum nulo?, ¿o ha sido parte del curriculum oculto hasta que la pedagogía crítica evidencia cómo es que la escuela reproduce estereotipos de clase y de género?

Su reflexión sobre el *habitus* escolar, con sus respuestas desde lo razonable y el sentido común desentraña los riesgos de intentar un acercamiento escolar a la sexualidad sin una perspectiva de género, las trampas del lenguaje que queriendo incluir, excluyen. Las normas escolares que intentan controlar los cuerpos y las prácticas sociales y sexuales de los jóvenes, la prevención como propósito de la educación para la sexualidad y no del empoderamiento del «capital sexual», «el que revincola pasión, cuerpo, saberes, vida y poder» (p. 89).

Y aquí llegamos a un punto nodal, como dice la autora: «En la escuela los afectos no tienen cabida», ni los afectos, ni el erotismo, en síntesis, ni el deseo. Revindicar el poder de

las emociones es el reto, como ella afirma: «no hay acción humana sin una emoción... por esto para que un modo de vida basado en el estar juntos en interacciones recurrentes en el plano de la sensualidad en que surge el lenguaje sea posible, se requiere de una emoción fundadora particular sin la cual ese modo de vida en la convivencia no sería posible. Maturana dice que tal emoción es el amor» (p. 91).

¿Y cómo vivimos los docentes la incomodidad? Los sueños de Eugenia, que nos comparte Silvia Satuslovsky, iluminan su pregunta: ¿qué pasaría si pusiéramos en palabras el malestar? ¿Qué diríamos de nuestras miradas, emociones, interrogantes, intentos, esperanzas y también desalientos en los distintos espacios por los que transitamos: la clase, la capacitación, los enunciados de las políticas públicas, la relación con la autoridad, con los colegas, con las necesidades de los estudiantes y sobre todo con nosotros mismos?

Y como allí mismo se dice: «se abre un campo de problemas»; las rutas posibles son múltiples, lo necesario es andar caminos no recorridos. Y nos alerta: «los puntos de partida son la implicación, la



pasión y la desburocratización de la mirada» (p. 57). La constante: la búsqueda de sentido. Frente a la indiferencia ante el empobrecimiento de los logros, procedimientos y el acto mismo de aprender en las instituciones educativas, la escuela sigue siendo un espacio, como nos dice Silvia, de refugio y cobijo, en el que es posible contrarrestar la violencia, soñar, imaginar, crear, construir vínculos, amarnos, amar y sabernos amados, hacernos humanos.

Entonces, ¿cómo construir nuevas tramas? ¿Qué instituciones y escenarios se requieren para construir experiencias de alteridad? Y ¿qué nuevos tiempos y espacios se necesitan para sostener esa alteridad?

Este caleidoscopio borda con punto muy fino estas interrogantes y abre muchísimas más.

Finalmente, la mirada desde la expresión plástica de Claudia Golzman, nos ofrece una perspectiva que a manera de integración escénica reúne los prismas del caleidoscopio para ofrecer otra percepción de la incomodidad.

Son muchas las posibles lecturas de este libro. En lo personal, tengo muchas, pero me gustaría destacar dos. La primera; las posibilida-

des de comprensión de los niños y jóvenes que asisten a las aulas, etiquetados desde muchas perspectivas, la mayoría de ellas excluyentes, reduccionistas y en todo caso, simplificadoras. Estos jóvenes que son hoy objeto de preocupación de políticas públicas, de programas sociales y educativos, tienen en este libro un lugar especial que posibilita el diálogo, el entendimiento, la intervención pedagógica desde otros referentes que den sentido a la formación sin subordinación, al despliegue de las capacidades, los afectos, la creatividad.

Y, segunda; para terminar quisiera decir que si bien las escenas de este libro son estrujantes y verdaderamente incómodas, son sólo un recurso para la esperanza. Cada una de ellas abre múltiples posibilidades, como dice la autora, «apostando al pensamiento osado en construcciones colectivas de afectos, pasiones y cuerpos... donde no se clausure ni se maquille la palabra, sino donde se potencie la energía creadora de otros mundos posibles».

No me queda más que invitarlos a asomarse a este caleidoscopio, a que adquieran el libro y lo lean,



sientan la incomodidad y después...,
las posibilidades son ilimitadas.

**María Norma
Bocanegra Gastélum**

Coordinadora de Universidad
Pedagógica Nacional en Ensenada,
México.